UN EJERCICIO DE FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

Walter Omar Kohan

Resumen.
El presente trabajo busca pensar el valor de *El maestro ignorante* en cuanto ejercicio de filosofía de la educación, en particular contraponiéndolo a un modo dominante de ejercer este saber en nuestras instituciones. Se trata de una historia singular, con la que todo maestro puede preguntarse por qué y para qué enseña y, más importante todavía, puede cuestionarse qué diablos está haciendo consigo mismo y con los otros cada vez que se viste de maestro/a en un aula. Desprendemos tres lecciones de este ejercicio: 1) lo más natural, evidente y aceptado socialmente acaba siendo lo más problemático filosóficamente; 2) sólo a partir de la paradoja, revolcados en el lodo paradójico, podemos encontrar algún sentido en educación; 3) hay una única educación que vale la pena, la que emancipa sin emancipar. Quien no deja que los otros se emancipen atonta y embrutece.

Abstract.
This paper aims to think the value of *The ignorant teacher* as an exercise on philosophy of education, specially as contraposed to the way philosophy of education is exercised in our institutions. It´s a singular story, by which teachers can ask why and for what they teach and, even more meaningful, they can put into question what they doing with themselves and with their students each time they enter a classroom. We take out three lessons from this exercise: a) the most natural, evident and accepted socially and pedagogically ends to be the most problematic philosophically; b) only through paradox, thrown to the paradoxical mud, we can find some meaning in education; c) the only education that deserves the name liberates without liberating. The one who does not aloud liberating oneself oppresses.

Palabras clave
Filosofía de la educación – emancipación - Sócrates
Key-words
Philosophy of education – liberation - Socrates

La filosofía de la educación ocupa un lugar poco interesante en el universo académico, al menos en nuestros países hispanoamericanos. Despreciada en la inmensa mayoría de los departamentos de filosofía de instituciones de formación superior, acogida en los de educación, acostumbra ser materia obligatoria en los cursos de formación de maestros. Muchas veces único espacio de contacto con la filosofía en la formación, sus docentes, programas y bibliografía suelen tener, en el

mejor de los casos, un carácter enciclopédico, totalizador y fundacionista. En todo caso, el repertorio no parece demasiado variado: historia de las ideas filosóficas sobre la educación por aquí; corrientes de pensamiento filosófico sobre la educación por allá; o, entonces, divisiones más o menos claras del saber pedagógico u orientaciones bastante clásicas del conocimiento filosófico: un poco de epistemología, otro poco de axiología, otro poco de ontología, usadas para explicar el fenómeno educativo. Un alumno afortunado podrá comprender, con la ayuda de un maestro *explicador*, un saber filosófico, histórico o sistemático, sobre la educación. Aprenderá, con sus explicaciones, a distinguir escuelas y orientaciones pedagógicas, períodos, conceptos y categorías, que sabrá atribuir a ciertas corrientes de pensamiento ya instituidas. Los menos afortunados se las verán, sencillamente, con una moral o religión educativas: se les transmitirán, brutal o delicadamente, fines, valores e ideales.

Estos modos de enseñar filosofía de la educación no están exentos de presupuestos sobre el significado y sentido de enseñar y aprender filosofía, así como de sus relaciones con la educación. Básicamente, se trata de transmitir un cierto saber constituido, predeterminado, que permitirá una comprensión más "crítica" del fenómeno educacional o, simplemente, comprender la "verdadera" misión de la filosofía en la educación. En las versiones más *aggiornadas*, el saber filosófico tiene la forma de contenidos conceptuales o actitudinales que contribuirán a la adquisición de habilidades o competencias de pensamiento crítico, por parte de los futuros profesionales de la educación.

En este contexto, un texto como *El maestro ignorante* no podrá situarse fácil o cómodamente. Ciertamente encontrará resistencias y vacíos. Al fin, se trata apenas de una historia, dirán los profesionales. Una fábula, un cuento, una experiencia. ¿Qué lugar podrá tener esta historia –cuestionarán los eruditos– en el marco de tradiciones rigurosas de enseñanza, con métodos más o menos consolidados de transmisión del saber? Algunos podrán incluso admitir cierto valor literario en la narrativa de Rancière, la considerarán una bella historia. Pero difícilmente alguien se atreverá a asignarle algún espacio en las instituciones donde se enseña formalmente filosofía de la educación. Al fin, aun los que se atrevan cargarán con el peso de las advertencias del propio Rancière: no se trata de institucionalizar nada, inclusive porque «jamás un partido, un gobierno, un ejército, una escuela o una institución emanciparán una única persona» (2003, 132).

Es en esta confrontación, en este vacío entre dos formas contrapuestas de entender la filosofía de la educación que pretendo situar esta intervención. Me importa explorar en qué sentido la lectura de *El maestro ignorante* puede constituir una experiencia formativa interesante, sobre todo para aquellos que ya tienen o están en busca del oficio de enseñar; esta lectura puede ayudar también a problematizar el modo habitual de entenderse la filosofía de la educación, particularmente en nuestras instituciones universitarias. En verdad, la cuestión no se limita a un aspecto

disciplinar, porque lo que está en juego al leer *El maestro ignorante* es el sentido con el que ejercemos el pensamiento aquellos que trabajamos en educación.

Así, considero que uno de los valores principales de la única obra de Rancière sobre la materia radica en la gracia y la vitalidad con que propone una forma renovada y renovadora de ejercer la filosofía de la educación. Se trata, al fin, de un ejercicio. Pensamiento vivo y en acto. Nada de esquemas, clasificaciones, generalizaciones. Filosofía en acto, gesto de interrogación, irrenunciable, sobre la propia práctica. Experiencia singular que da lugar a un pensamiento singular. Singular por diferente y común, por ser la historia de un maestro y no de un individuo, historia cuya significación no radica en las particularidades de Jacotot, en tratarse de este y no de aquel maestro, sino de un maestro que encarna en sí mismo todo maestro que quiera servirse de él para preguntarse por qué y para qué enseña y, más importante todavía, para cuestionarse qué diablos está haciendo consigo mismo y con los otros cada vez que se viste de maestro en un aula.

Por eso, como el ejercicio del maestro que se interroga a sí mismo, la lectura de *El maestro ignorante* puede ser un bello trabajo de emancipación, en uno de los sentidos que Rancière le confiere a la palabra en este libro: forzar una capacidad, ignorada o negada, a desarrollar todas las consecuencias de ese reconocimiento. Ejercicio emancipatorio de lectura que nos fuerza a poner en cuestión el modo y sentido con que enseñamos, las fuerzas que nos mueven a hacerlo, las apuestas políticas que, sepámoslo o no, afirmamos en nuestra práctica. Emancipatorio si nos permite, al fin, educar sin subestimar a nadie, empezando por no subestimarnos a nosotros mismos.

Así, aun cuando puedan distinguirse en *El maestro ignorante* algunas tesis de peso, sustantivas (el principio de la igualdad de las inteligencias; «existo, *ergo* pienso», la explicación es el arte de la distancia, la relación entre voluntad e inteligencia, el estatuto político y filosófico de la igualdad, etc.), no reside en ellas lo más interesante de la apuesta de Rancière. Al contrario, se trata de tesis polémicas, sumamente discutibles, de aceptación bastante difícil, dada la forma ostensiblemente radical y provocativa con que son expuestas. Ciertamente, no es un libro para suscitar acuerdos o consensos. Sería extrañamente contradictorio valorizar su fuerza explicadora.

Al contrario, la potencia de *El maestro ignorante* parece radicar en los desacuerdos que supone y provoca, en el trabajo de pensamiento que desencadena en tanto expresión solitaria, inaudita, disonante y, sin embargo, con fuerza suficiente para interrogar una realidad que desconsidera sus principales proposiciones o, en el mejor de los casos, las ignora. La fuerza de la narrativa no está en la originalidad de las tesis que propone, sino en la radicalidad de la experiencia que provoca.

Porque, admitámoslo de una buena vez, todos en educación, unos un poco más, otros un poco menos, afirmamos lo que Jacotot niega y desconsideramos lo que más valoriza. Partimos de la desigualdad. Somos formados para explicar lo que aprendemos (la desigualdad). Somos explicados. Entonces, explicamos. Ahondamos la desigualdad. Volvemos a explicar. Todo continúa como era entonces: no podemos, claro, salir del círculo del embrutecimiento. Seguimos explicando. De por vida. Embrutecemos. Nos embrutecemos.

Jacotot nos expone a nuestro contrario. Propicia (¿fuerza?) un encuentro con lo que no hacemos ni valorizamos. Así, nos lleva a volver a pensar el modo y sentido de lo que hacemos. No se trata, claro, de "transformar" el modo en que pensamos el enseñar y el aprender. Tampoco es cuestión de dejar de hacer lo que hacemos para hacer lo contrario. Se trata, al contrario, de pensar por qué esta forma de educación emancipadora se encuentra en las antípodas de lo que se tornó evidente en nuestras teorías y nuestras prácticas. Se trata de pensar por qué no hemos podido pensar que estamos atontando y atontándonos. Y aunque no es cuestión de seguir los preceptos de un nuevo método ni de copiar un modelo, nos resulta imposible continuar pensando y haciendo de la manera en que lo hacíamos.

De esta forma, la filosofía de la educación se torna un ejercicio que no explica, no legitima, no consolida. Escapa a la tentación de constituirse como ley y como verdad. Al contrario, desacraliza, polemiza, interroga. Impide que enseñemos de la forma que enseñábamos, que pensemos la educación de la forma que la pensábamos, que seamos los mismos educadores que éramos. Amplía así nuestra libertad de pensar, ser y enseñar de otro modo del que pensamos, somos y enseñamos. Esta es, a mi entender, la fuerza emancipadora de *El maestro ignorante*. Este es su valor filosófico y pedagógico: encerrar al lector en un círculo del que sólo puede salir valiéndose de su propia inteligencia. Disruptor de los círculos de lo obvio, lo normal y lo incuestionado que habita en nosotros, hace de la emancipación una cuestión de sobrevivencia.

LA INFLEXIBLE IGUALDAD DEL EJERCICIO: EL ANTI-SÓCRATES

Este ejercicio de filosofía de la educación tiene como punto inflexible, irrenunciable, la igualdad. Se trata de un principio, una opinión, un supuesto, algo que no tiene valor de verdad, que no puede demostrarse, pero sin el cual no puede fundarse, en la perspectiva de Rancière, una educación radicalmente diferente de aquella dominante según la lógica de la superioridad-inferioridad.

Para Rancière, cuando la igualdad se coloca como objetivo o como finalidad y no como principio, se afirma la lógica desigualitaria que la niega. Precisamente su relación con la igualdad es lo que define el carácter conservador o revolucionario de un educador. Será liberador quien, partiendo de la igualdad, la verifique y permita

así percibir la potencia no inferior de toda inteligencia. Cualquier otra relación con la igualdad que no sea la de principio es, para Rancière, embrutecedora.

De esta forma, la igualdad es, al mismo tiempo, condición y límite de un modo de practicar la filosofía de la educación: por un lado, es aquello que, en la óptica de Rancière, permite pensar filosóficamente la educación; al mismo tiempo, es aquello sin lo cual no puede pensarse una educación tal. La igualdad es el axioma del pensamiento, su fondo, lo no filosófico que abre espacio a una filosofía. Paradoja de la igualdad.

Tal vez sea interesante apreciar el peso de la figura de Sócrates en este ejercicio. Sabemos el papel singular, fundador, paradójico, de Sócrates en nuestra tradición de filosofía de la educación. Singular por incomparable, fundador por inaugural, paradójico porque, siendo reconocido por todos como el primer filósofo de la educación, ejercita una filosofía de la educación contraria a la de sus propios celebrantes.

La tentación de asimilar el maestro ignorante a un Sócrates modernizado es grande, fácil, inmediata. Sin embargo, Rancière arremete contra el ídolo. Lo deshace política y filosóficamente. No le perdona su veta desigualitaria. Le reprocha su pasión por la superioridad y la inferioridad. Al fin, por detrás de su declaración de ignorancia, Sócrates, el divino, le hace caso al oráculo: piensa que él es el más sabio en la *pólis* y su tarea consiste justamente en tratar de mostrar a los otros el poco valor de su saber, sobre todo, si es comparado con el saber del propio Sócrates.

Sócrates no es un maestro ignorante; es un sabio maestro de la ignorancia. Pretende imponer, como todos los maestros de la tradición, su saber sobre el saber de los otros. Que su saber sea un saber de ignorancia sofistica y oculta su carácter embrutecedor. Lo disimula.

Todos los que conversan con Sócrates en los *diálogos* de Platón tienen algo, lo mismo, que aprender. No importa si de hecho el diálogo llega a un saber conclusivo o a una aporía: todos deben aprender que aprender con la filosofía, con Sócrates, significa dejar de saber lo que creían saber; todos deben saber que para aprender el saber filosófico hay que acompañar el camino del maestro, hay que dejarse llevar adonde el otro; el que sabe, quiere ir.

El esclavo del *Menón* es emblemático: no sólo no aprende nada por sí mismo, sino que aprende que para aprender necesita de alguien que lo lleve de la mano, como Sócrates, a saber lo que de cualquier modo tendría que aprender. El esclavo también aprende su ignorancia y la sabiduría del maestro: aprende que para aprender debe seguir otra inteligencia, la del maestro. Así, el diálogo con Sócrates profundiza su esclavitud. La refuerza. Lo embrutece.

Para peor, Sócrates esconde su pasión atontadora bajo una apariencia libertadora. Su disfraz, sus máscaras, el modo en el que oculta su pasión desigualitaria, lo tornan más peligroso. Con todo, para cualquier observador interesado en la emancipación, resulta claro que Sócrates atonta: no pregunta porque ignora, para saber y para instruirse, sino que pregunta porque sabe, para que los otros "recuerden" lo que él ya sabe y, sobre todo, para que sepan que él tiene el único saber que vale alguna cosa. Sacrílego saber de ignorancia. Dijo que nunca buscó enseñar y siempre supo, de antemano, aquello que los otros debían saber. Indigno saber de ignorancia. Amante del saber de ignorancia, pretendió que todos amasen su mismo saber. Perverso uso de la ignorancia. Seguidor del oráculo, sólo valorizó el único saber que legitimaba su propio saber. Embrutecedora y atontadora política del desprecio.

LAS LECCIONES DE UNA LECTURA

Otra vez, Rancière nos enfrenta a lo que queremos y no queremos ser, como maestros. Porque, ¿qué maestro no ha querido ser Sócrates? ¿Quién no se ha deleitado con su disfrazada ignorancia? ¿Quién no se ha querido calzar ese mismo disfraz del preguntador que no pregunta? Otra vez el valor de situarse en las antípodas del sentido común pedagógico, otra vez Rancière nos encierra en un círculo del que sólo podemos salir por nosotros mismos. Primera lección (filosófica) del ignorante: lo más natural, evidente y aceptado pedagógica y socialmente acaba siendo lo más problemático filosóficamente.

Al mismo tiempo que *El maestro ignorante* nos enfrenta a la incomodidad de percibir nuestro contrario, a la vez que problematiza nuestras obviedades, nos acompaña en la apertura de sentido que propicia la percepción de la paradoja, nos permite pensar el carácter constitutivamente paradójico del acto pedagógico. Pues Jacotot nos muestra, por ejemplo, como la ignorancia es, a la vez, necesaria e imposible al enseñar, del mismo modo que el axioma igualitario y la emancipación son necesarios e imposibles en el orden social. O que sólo puede enseñar quien no tiene nada que enseñar. Porque enseñar de verdad, diría Rancière, no tiene nada que ver con trasmitir, sino con permitir que el otro se emancipe. Segunda lección (educacional) del ignorante: sólo a partir de la paradoja, revolcados en el lodo paradójico, podemos encontrar algún sentido en educación.

Finalmente, la lección de la emancipación de un maestro que se emancipa a sí mismo, que enseña con su propio método, esto es, sin método. Que enseña también que la emancipación no tiene nada que ver con un contenido, una doctrina o un conocimiento. Que nadie puede emancipar a nadie. Que escribe su propia historia para que otros maestros la lean. Y otro maestro lee la historia, la piensa, y la cuenta para que otros maestros la piensen. Y se emancipen, en la contradicción y la paradoja. Al fin, un ser humano puede lo que puede cualquier otro ser humano.

Tercera lección (política) del ignorante: hay una única educación que vale la pena, la que emancipa sin emancipar. Quien no deja que los otros se emancipen, embrutece.

Tres lecciones para la filosofía, la educación y la política. Lección de política para la filosofía de la educación. Lección de filosofía para la política de la educación. Lección de educación para la política de la filosofía. Lecciones, para quien quiera oírlas, de una experiencia de filosofía de la educación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

RANCIÈRE, Jacques (2003). *El maestro Ignorante.* Barcelona: Laertes.